

ORLANDI, Eni Puccinelli (2007, 2011). *As Formas do Silencio: no movimento dos sentidos*. Campinas: Editora Unicamp. 6ª ed.
ISBN: 978-85-268-0755-6. 181 pp.

María Alejandra Celi
INCIHUSA-CONICET Mendoza, Argentina
maceli@mendoza-conicet.gob.ar

*Toda palabra es capaz de poesía,
todo sentido es capaz de silencio.*
ENI ORLANDI

Eni Puccinelli Orlandi es una analista del discurso brasilera ampliamente reconocida en su campo por sus tempranas traducciones de los libros de Michael Pêcheux al portugués. Ha dedicado gran parte de su labor académica y científica al análisis del discurso con especial foco en la construcción de la memoria, la circulación de sentidos en el discurso y las políticas lingüísticas que de ahí se desprenden. En su libro *Las formas del silencio en el movimiento de los sentidos* (2007, 2011) escrito en portugués¹, Orlandi desarrolla su apuesta teórica y epistemológica sobre el funcionamiento del silencio como significante en sí mismo en la producción de sentidos en los discursos. Su trabajo se enmarca en el Análisis del Discurso (AD de aquí en adelante) con principal influencia del materialismo histórico de la escuela francesa de Michael Pêcheux como su principal referente. Este libro está dividido en siete capítulos que, a su vez, están segmentados en apartados subtítulos. A continuación, se presenta una síntesis de los ejes principales de cada capítulo.

Introducción

Orlandi propone su principal tesis sobre el funcionamiento del silencio en la producción de sentidos que consiste en dos amplias formas del silencio (*silencio fundante y política del silencio*), la noción de *incompletitud* del lenguaje y la de

¹ Todas las citas textuales presentadas en este texto son traducciones propias.

censura como una manifestación de la política del silencio. Igualmente, trabaja sobre la noción de *imaginario* y su relación con la ideología en tanto materialidad histórica y lingüística presente en los discursos.

En primer lugar, Orlandi propone que “hay un modo de estar en el silencio que corresponde a un modo de estar en el sentido y, de cierta manera, las propias palabras transpiran silencio” (Orlandi, 2011, p. 11). Este postulado es la punta pie para el desarrollo del *silencio fundante* (o silencio fundador) como categoría teórica y analítica. En segundo lugar, Orlandi propone que hay un proceso de producción de sentidos silenciados que permite entender lo no-dicho de una manera diferente que en relación al ámbito de lo implícito. Esta concepción corresponde a la *política del silencio* como otra forma del silencio. Ambas propuestas libran al silencio de su percepción negativa a la vez que asocian el no-decir a la historia y la ideología.

Adicionalmente, la autora sostiene que hay una dimensión del silencio que remite al carácter de *incompletitud* del lenguaje, ya que todo decir está directamente relacionado con el no-decir (la noción de incompletitud estará presente a lo largo de su obra). Para ahondar sobre esta relación, Orlandi presenta la noción de *censura* como aquello que no está dado por la conciencia de lo prohibido. La censura, en cambio, es entendida como un proceso de *silenciamiento* que limita al sujeto en la producción de sentido y muestra la fuerza corrosiva del silencio. Sin embargo, a la vez que calla, permite significar en otros lugares (en lo no-dicho) aquello que está prohibido en el terreno de lo decible. La propuesta reveladora de la autora consiste en pensar y analizar el silencio como un movimiento, un “reducto de lo posible”, permitiendo así, comprender que por fuera del lenguaje no encontramos la nada, sino que todavía hay sentido (2011, p. 13).

Asimismo, el funcionamiento del silencio atestigua el movimiento del discurso que se basa en la contradicción entre un “uno” y un “múltiplo”, entre la paráfrasis y la polisemia. Este movimiento es contradictorio, ya que ocurre entre la *ilusión de un sentido único* en relación con el *interdiscurso* (el conjunto de lo decible histórica y lingüísticamente definido) (*ibidem*, p. 87), y el *equivoco de sentidos múltiples* en relación a las posibilidades de la lengua (*ibidem*, p. 17). Es decir, el movimiento del discurso requiere de la construcción de una “unidad” en el imaginario² para poder pensar la diferencia, por ello, el discurso es el lugar de contacto entre la lengua y la ideología. La ideología se produce justamente en el encuentro de la materialidad

² Orlandi define al *imaginario* diferenciándolo de la visión psicoanalítica del concepto. Así como en el psicoanálisis la relación entre el imaginario, lo real y lo simbólico se entiende a través del inconsciente, en el AD esta relación se entiende desde la ideología y la determinación histórica de los discursos.

de la lengua con la materialidad histórica (*ibidem*, p. 20) y es, precisamente, en el discurso donde la lengua adquiere una autonomía *relativa* a la materialidad histórica. Pensar la materialidad lingüística es, entonces, pensar las “manifestaciones de las relaciones de fuerzas y de sentidos que reflejan las disputas ideológicas [en los discursos]” (*idem*). Por lo tanto, el discurso está doblemente determinado tanto por las *formaciones discursivas*³ (las regiones de lo decible históricamente determinadas), como por la autonomía relativa de la lengua.

De esta manera, comprender el papel de la ideología en las construcciones de sentidos y de sujetos, es comprender los efectos de sentidos –el sentido no fijo a las palabras sino determinado por relaciones entre los sujetos y sentidos dentro de las formaciones discursivas (Pêcheux, 1975, p. 220)–. Así, los propios sujetos (posiciones de sujeto) no son anteriores a la constitución de estos efectos de sentido (Orlandi, 2011, p. 21). De la relación entre sujeto y sentido, se producen tanto sujetos como sentidos y es en estos efectos de sentido donde se sitúa el trabajo del silencio.

Silencio y sentidos

En el segundo capítulo, “Silencio y sentidos”, Orlandi despliega la dimensión política de la relación silencio/lenguaje sosteniendo que el lenguaje estabiliza y sedentariza el movimiento de los sentidos. A su vez, vincula el silencio con la noción de identidad y su carácter de mediador entre lenguaje-mundo-pensamiento.

En este juego silencio/lenguaje, la autora asume una tesis tan controversial como habilitante: lo real de la significación es el silencio y, por lo tanto, el silencio es lo real del discurso (2011, p. 29). El ser humano está “condenado” a significar, se constituye identitariamente en su relación con lo simbólico, produciéndose así una operación de traducción del movimiento (de la posibilidad de sentidos, del silencio) en palabras. El lenguaje, entonces, es una “categorización” del silencio que “domestica” la significación y la vuelve “calculable”.

Orlandi insiste en que solo es posible pensar en el silencio como categoría teórica y analítica cuando es analizado fuera de categorías binarias tradicionales (lenguaje-pensamiento; palabras-silencios), no como producto de la

³ Las formaciones discursivas constituyen las regiones de lo decible para los sujetos, determinadas históricamente por relaciones de fuerza y de lucha por el sentido que reflejan diferencias ideológicas (Orlandi, 2011, p. 20). Todas estas diferentes regiones de lo decible son recortes del *interdiscurso* que corresponde al universo de lo decible en un momento histórico dado; es la *memoria del decir* que se materializa en diferentes formaciones discursivas. A su vez, están formaciones discursivas provocan *efectos de sentido* entre sujetos o, más bien, entre *posiciones sujeto* (los lugares sociales representados por sujetos particulares).

ausencia de habla, sino como proceso de significación. La significación es un movimiento y el habla torna visible el movimiento de los sentidos para hacernos legibles. Esta *operación de legibilidad*, sin embargo, transforma la naturaleza de la significación, configura a sus hablantes al tiempo que unifica sentidos y sujetos. La *identidad*, comprendida como unidad o totalidad y producida por nuestra relación con el lenguaje, nos hace visibles e intercambiables dentro de la especie humana (*ibidem*, p. 34). El silencio, entonces, es aquello que puede trastocar esta unidad; es una *mediación* de las relaciones entre lenguaje, mundo y pensamiento. El ser humano ha llenado el espacio de sonido y ha atribuido la idea de “vacío” al silencio. Esta operación ha apagado la *mediación* del silencio como materia significativa fundante y ha permitido las reflexiones binarias que centralizan el lenguaje en díadas como lenguaje-pensamiento y lenguaje-mundo. La apuesta de Orlandi es una propuesta epistemológica enriquecedora para el AD: lo necesario es un desplazamiento de la centralidad del lenguaje en las prácticas discursivas.

Los límites del método y de la observación

Posteriormente, en el tercer capítulo, Orlandi propone una serie de objetivos de reflexión sobre el silencio y de ruptura con teorías tradicionales. A su vez, hace una breve distinción entre las diferentes formas del silencio y ahonda en sus modos de aproximación.

En primer lugar, retoma su concepción no negativa del silencio donde este no se define en función de lo que no es lenguaje, sino en su relación constitutiva con la significación. En el apartado “Pensar el silencio”, propone seis objetivos para la reflexión sobre el silencio: i) pensar el silencio es poner en disputa la hegemonía del formalismo; ii) la reflexión sobre el silencio es un esfuerzo contra el positivismo en la observación empírica dado que, al no ser directamente observable, debe hacerse visible mediante métodos históricos (discursivos) y críticos; iii) esta reflexión problematiza las nociones de linealidad, literalidad y completitud⁴; iv) complejiza los límites a la dialogía (y su concepción conductista sobre la función de la información y de los turnos de habla), para pensar la relación con el Otro como una relación contradictoria; v) problematiza palabras como “representación” o “interpretación”, ya que el silencio corresponde al orden de lo compren-

⁴ Por un lado, la significación no se desenvuelve en una línea recta, sino que en todas las direcciones y en diferentes materialidades. Por otro, con respecto a la literalidad, Orlandi comprende que el silencio es asimétrico en relación con el decir y el no-decir, y presenta la operación de la elipsis como ejemplo. Por último, la incompletitud es fundamental al no-decir ya que posibilita la multiplicidad de sentidos.

sible (comprenderlo es explicitar el modo por el cual este significa) y no al orden de lo interpretable (traducirlo en palabras); vi) propone la descentralización de lo verbal en cuanto espacio privilegiado de significación.

Sin embargo, persiste la interrogante sobre cómo es posible hablar de algo que no es representable y cuya observación no puede lograrse por métodos tradicionales. Para la autora, el problema se encuentra en las mismas teorías que sustentan estos métodos. El aporte del análisis del silencio consiste, entonces, en que este requiere de una “ruptura” epistemológica. Por ello, la aproximación al análisis del silencio debe: i) contemplar un trabajo de AD que incluya la noción de completitud-incompletitud; ii) analizar las “figuras” de los discursos como “síntomas” de la marginalización del silencio y, así, dislocar el trabajo de la retórica; y iii) relacionar múltiples textos para el análisis de paráfrasis y lograr reconstruir una trama discursiva que evidencie los sentidos silenciados históricamente.

Silencio, sujeto, historia. Significando en los márgenes

El cuarto capítulo tiene como objetivo darle al silencio un estatuto explicativo lejos de las concepciones místicas típicamente asociadas a él. Se ocupa de describir en profundidad las diferentes formas del silencio, la manera en la que está presente en la constitución de la identidad desde un análisis de la censura, y su repercusión en la construcción histórica de la memoria y del sujeto dentro de las formaciones discursivas.

El *silencio fundador* (o fundante) corresponde a la condición de la producción de sentido que le posibilita al lenguaje significar. La presencia de este silencio resulta en la incompletitud constitutiva del lenguaje en tanto sentido, dado que su completitud implicaría la ausencia de silencio, lo que imposibilitaría la fluidez y comprensión entre interlocutores. Por esto, el sujeto se encuentra en estricta relación con el silencio (para hablar es necesario el silencio) en un movimiento permanente que produce sentidos múltiples. Por otro lado, el *silenciamiento* corresponde a una segunda forma del silencio en la que se distingue el silencio constitutivo y el silencio local. Estos tipos de silencio, a diferencia del silencio fundador, permiten comprender la historicidad discursiva de la construcción del “poder-decir” a la vez que establece un recorte entre lo dicho y lo no-dicho (Orlandi, 2011, p. 73). Por un lado, el *silencio constitutivo* preside cualquier producción del lenguaje ya que es “lo no dicho necesariamente excluido” para poder decir en determinado contexto histórico (*idem*). Por otro lado, el *silencio local* – caracterizado por la censura– es una estrategia política aplicada en determinadas circunstancias como producción de lo prohibido.

Sobre la censura, Orlandi sostiene que no corresponde a un hecho relativo a la conciencia de quien habla sino a la “prohibición de la inscripción del sujeto en formaciones discursivas determinadas” (*ibidem*, p. 76). Esta operación afecta consecuentemente la identidad del sujeto en tanto *sujeto-del-discurso* ya que su proceso de identificación es el resultado de su inscripción en una u otra formación discursiva, lo que permite otorgarle sentido a sus palabras. De igual manera, se describe al sujeto como un ser dividido por un movimiento entre identidad-alteridad, lo que constituye su incompletitud, delimitando al sujeto en relación con los otros. El trabajo del silencio se observa en el apagamiento de la alteridad (de los “otros”) como mecanismo discursivo necesario para la constitución del sujeto. Sin embargo, ocurre un movimiento contradictorio: el deseo de completitud permite el sentimiento de identidad que posibilita identificarse. Empero, sin incompletitud (alteridad) no hay movimiento de sentidos posible y, en palabras de Orlandi, provoca la *asfixia*. Sin este movimiento entre alteridades:

El sujeto no podría atravesar los diferentes discursos y no sería atravesado por ellos, ya que no podría recorrer los dislocamientos (los límites) de las diferentes formaciones discursivas. Lo otro (y los otros) es el límite pero también es lo posible. (2011, p. 79)

De esta manera, la censura es esa asfixia que ocurre cuando un sujeto puede ocupar un solo lugar determinado, afectando así su identidad. El giro que propone la autora es que la identidad del sujeto no está dada por su inscripción en una formación discursiva u otra sino por *los dislocamientos posibles trabajados desde el silencio*.

Silencios y resistencia: un estudio de la censura

En el quinto capítulo, Orlandi retoma la noción de ideología resaltando la necesidad de un análisis histórico discursivo del proceso de producción del imaginario. A su vez, profundiza sobre la censura, sus efectos sobre la identidad del sujeto y la identidad social, y algunas formas de resistencia y sus manifestaciones.

La ideología, lejos de estar encapsulada en sentidos ocultos, se entiende como una interpretación determinada que le atribuye sentidos fijos a las palabras y, por ello, provoca la impresión de un sentido único y verdadero en un momento histórico dado. Es decir, no es ocultación, sino una interpretación en una dirección determinada por la historia (Orlandi, 2011, p. 97). En esta dirección, la labor del AD consiste en atender tanto a la *lengua-de-espuma* o *silencio del opresor*—aquella donde trabaja el poder de impedir sustentar otros discursos y sentidos— como a

la *lengua de la resistencia* —que es parte de un proceso de producción de *sentidos insaturados* en un momento histórico dado—. Si la censura (operación del silencio opresor) afecta el movimiento de la identidad ya que impide la circulación del sujeto por regiones determinadas del interdiscurso, el sujeto debe construir un lugar “otro” para decir aquello que le está prohibido, para ser “oído” en un acto de resistencia. No obstante, la censura también interviene en la identidad social del sujeto operado como un *principio-de-autor*, en el que el sujeto adquiere toda responsabilidad por lo que dice. Así, la censura modifica la dimensión pública del ciudadano y las posiciones de sujeto que ocupa. Estas nociones son las utilizadas por Orlandi para analizar el proceso de censura y resistencia en la Música Popular Brasileira durante la dictadura militar de Brasil de 1964. La autora muestra cómo los cantautores ejercen la resistencia diciendo en sus canciones lo permitido para decir “otra” cosa (lo prohibido) mediante metáforas. En esta práctica discursiva, la reproducción del discurso permitido habilita un dislocamiento, una no-reproducción, permitiendo la apertura de espacio a los sentidos censurados.

Silencio, copia y reflexión

En el capítulo sexto, Orlandi se inclina hacia la forma en la que opera el silenciamiento en el apagamiento de la autoría o, en otras palabras, en las prácticas discursivas de *medio-plagio* y sus efectos en el movimiento de sentidos. Una práctica sistemática dentro de las producciones científicas es el *medio-plagio*, práctica en la que algunas personas se “autorizan a no referir sus ideas a ideas ya dichas” (2011, p. 135). La autora piensa esta práctica en la relación del decir con su memoria, con la exterioridad del interdiscurso (con lo ya dicho que posibilita el decir). El *medio-plagio*, como apagamiento de lo ya dicho en el discurso científico, podría considerarse como un subproducto del silenciamiento constitutivo (para decir es menester no decir). No obstante, resulta revelador cómo se plantea un paralelismo con la censura: si la censura consiste en estancar el movimiento social e histórico del sentido, el *medio-plagio* puede comprenderse como un tipo de censura. Es decir, el medio plagiador estanca el fluir histórico del sentido, individualiza la historia y pierde la memoria y la posibilidad de dislocar sentidos ya que solo “retoma” lo dicho. Se pierde, así, la posibilidad de significar otros sentidos.

Conclusión

En su último capítulo, Orlandi sintetiza sobre el papel itinerante que juega el sujeto en estas diferentes dimensiones del silencio, indagando un poco más sobre el lugar de la exterioridad en relación al lenguaje y al silencio. Finaliza aludiendo

a la compleja labor del AD en la comprensión de los procesos de producción de sentidos como “un programa de lectura particular: la que ve en todo texto la presencia de otro texto necesariamente excluido pero que lo constituye” (2011, p. 174), donde la ideología opera mediante el silenciamiento.

Desde la perspectiva del sujeto, este es caracterizado por su “errática” naturaleza discursiva dada su capacidad de dislocarse de sus posiciones. Si el silencio es continuo (orden del silencio fundante), es en esa continuidad que el sujeto puede moverse de significaciones. A su vez, hay una relación directa entre el sujeto y su exterioridad. El sujeto es itinerante ya que, permeado por una variedad discursiva, habita esas diferentes significaciones en las disímiles formaciones discursivas (orden de la política del silencio). Por ello, es preciso pensar los procesos de mediación histórica que acontecen en el orden de lo decible. Como las formaciones discursivas representan dominios del saber históricamente determinados que delimitan sentidos y posiciones sujeto, Orlandi sostiene que en esa determinación ya hay subjetivación históricamente identificable. De esta manera, la exterioridad (el interdiscurso) constituye la interioridad (el intradiscurso y las formaciones sujeto) (*ibidem*, p. 158).

En última instancia, la propuesta disruptiva de Eni Orlandi consiste en dislocar la centralidad del lenguaje en las prácticas discursivas, dado que por fuera del lenguaje no existe solo la nada. Si, desde esta perspectiva del AD, significamos de dos maneras: a través de las palabras y a través del silencio, entonces el silencio se vuelve una herramienta liberadora para el análisis de fenómenos que escapan del “imperio de lo verbal”. Es en el silencio –no en el inconsciente, no en el pensamiento, no en la cognición, no en el exterior– donde existe un “reducto de lo posible”; donde se encuentra la posibilidad de revuelta y movimiento. La sensatez de la propuesta radica, también, en no desestimar la lengua como estructura que sostiene el discurso sino, más bien, ponerla en igualdad de condiciones con el silencio y la materialidad histórica que los constituye en la producción de sentidos. Finalmente, pensar las formas del silencio como una categoría analítica, abre un punto de fuga en la esfera dicotómica lenguaje-pensamiento y en sus bagajes epistémicos y metodológicos.

Referencias bibliográficas:

- Orlandi, E. (2007, 2011). *As Formas do Silêncio: no movimento dos sentidos*. Campinas: Editora Unicamp. 6ª ed.
- Pêcheux, M. (1975, 2016). *Las verdades evidentes. Lingüística, semántica, filosofía*. Buenos Aires: Ediciones del Centro Cultural de la Cooperación.